

Cinco calas al *Quijote*

María José Rodilla

EL QUIJOTE ES UNA HISTORIA
DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA

Se ha dicho que el *Quijote* es un libro de libros, cuyo tema es la propia literatura y cuyo personaje está loco por la literatura; por esta obra sabemos de la intensidad e influencia del libro y del peligro que corre el que lo aplica erróneamente a su vida. La actividad febril de la lectura, tanto la privada que realizaba Don Quijote en su biblioteca como la lectura en voz alta que se hacía en la venta cuando se juntaban los segadores a escuchar las maravillosas aventuras caballerescas, alcanza a varios personajes de la novela: al ventero, que no sabía leer, pero se sabía de memoria las historias de don Felixmarte de Hircania y se deleitaba tanto escuchándolas que le quitaba “mil canas”; a su hija que se emocionaba con las declaraciones de amor de los caballeros a sus damas; a Dorotea, cuyas lecturas caballerescas, a decir de Gilman,¹ le provocan una ilusión social, y de labradora y villana se sueña dama principal para asegurarse el matrimonio; a Cardenio, comparado con Orlando, que además se sabe caballero, pero es incapaz de interpretar el papel social-literario de galán; a Don Quijote que es no sólo un lector apasionado sino que sabe que sus hazañas serán escritas por algún sabio y en la segunda parte se sabe leído e impreso. Efectivamente, la segunda parte está llena de lectores y sus hazañas andan tan en boca de las gentes que casi todos los personajes de ella han leído ya la primera: Sansón Carrasco, los duques, las pastoras de la fingida Arcadia, don Antonio Moreno, Roque Guinart, que aunque no la ha leído, ha oído nombrar a Don Quijote y sus hechos; y los lectores del apócrifo, don Jerónimo y don Juan, que hacen una verdadera defensa de la primera parte y denigran a “este autor moderno” por haber “querido usurpar vuestro nombre

y aniquilar vuestras hazañas”. Y del mismo Cervantes, autoconvertido en segundo autor, sabemos de su afición “a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles”, natural inclinación que Alberto Manguel califica de “pasión de basurero”.²

La escritura impresa también adquiere gran relevancia en la obra: Don Quijote y Sancho visitan en Barcelona una imprenta, que se nos presenta en plena actividad: “Vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquella y, finalmente, toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra”; se habla de los errores de los impresores que olvidaron el robo del rucio de Sancho, del traductor aljamiado que vierte la historia de Cide Hamete Benengeli al castellano, del famoso primo que se dedica a imprimir libros sin parar y del canónigo de Toledo que ya sueña con publicar las cien páginas que lleva escritas. En *El Quijote*, a su vez, se pueden rastrear los libros caballerescos que Cervantes parodió, libros pastoriles y picarescos coetáneos, la historia del propio libro y de cómo se fue haciendo, y la del apócrifo de Avellaneda, cuyas pruebas vio Don Quijote en la imprenta de Barcelona y contra el cual desata Cervantes pequeñas venganzas a lo largo de la segunda parte del *Quijote*. Además, como ha dicho el filósofo español Carlos París, la entrada de Don Quijote a la imprenta supone un regreso al claustro materno, “a la máquina que le alumbró [...] porque DQ es hijo de la imprenta y nieto de Gutenberg. Sin tal invención nunca hubiera existido [...] por haber nacido de la lectura, de su difusión posibilitada por las prensas. De las enfebrecidas horas sobre los libros” que lo transformaron de Alonso Quijano en Don Quijote y, sobre todo, porque esa metamorfosis y la criatura surgida de ella expresan “de un modo único el milagro, la magia que la escritura y la lectura representan”. Y esta magia alcanza al “desocupado lector” que

participa de varios niveles de lectura si accede a entrar al juego que le propone Cervantes: puede leer en los ocho primeros capítulos una historia de un personaje cuyas aventuras se extraen de los archivos manchegos, puede leer sobre la visita a un mercado en busca de más material, una traducción de un libro arábigo, una segunda versión corregida de esa traducción, otra historia sobre un libro apócrifo con el que juegan los demonios en la visión de Altisidora, puede leer las lecturas caballerescas que hacía Don Quijote, las reacciones que otros lectores han tenido sobre la primera parte y, por último, puede leer la despedida de Cide Hamete y su pluma para que ya nadie más se atreva a sacar a Don Quijote a una nueva salida. Y desde *El Quijote*, puede seguir leyendo a tantos émulo de Cervantes: Swift, Sterne, Dickens, Gógol, Daudet, Melville, Flaubert, Dostoievski, Twain, Kafka, Faulkner, Mann, Nabokov, Borges, Calvino, Kundera, Fuentes y muchos más que han confesado que “toda novela contiene al *Quijote* en su interior como una marca de agua”.³

EL QUIJOTE ES UN TRATADO DEL DESEO

En esta obra Cervantes logra que los personajes tengan independencia del autor y se vayan haciendo a lo largo de la novela. Dice Américo Castro que Cervantes “se retrae y deja que sus figuras se miren, piensen y hablen unas con otras, a fin de desenvolver y completar su personalidad”.⁴

Muchos de ellos, no conformes con su existencia o su circunstancia, se lanzan a los caminos y a los campos en busca de algo que anhelan, necesitan o simplemente para conocer mundo: Dorotea, Cardenio, Marcela, la muchacha disfrazada de hombre de la Ínsula Barataria. Alonso Quijano desea convertirse en caballero andante “para escapar a la melancolía mortal”, que es “lo que nos mata desde dentro, sin colaboración ninguna de mano ajena, cuando enloquecemos de cordura”, a decir de Savater;⁵ y con su deseo puesto en marcha y convertido en Don Quijote abre tantas posibilidades con su nueva idea de vida, que arrastra a otros personajes para que vayan en su búsqueda y esto les permite salir de su rutina aldeana, tener un nuevo impulso, vivir otras vidas disfrazados y conocer las historias de otros personajes.

En boca de Sancho se expresa el deseo del camino: “no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras [...] atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando caminos, alojando en ventas a toda discreción sin pagar ofrecido sea el diablo el maravedí” (I, LII). Además lo mantiene al lado de su señor el deseo de la Ínsula, a Marcela

el de la libertad, a Teresa le “bullen los pies” por ponerse en camino, a Sanchica calzar chapines e ir en coche, a Dorotea el deseo del matrimonio, al cura y al barbero salir de su pueblo, urdir aventuras y vivir otras vidas participando de las penas y alegrías de los personajes que se reúnen en la venta; Sansón Carrasco, que lo anima para la tercera salida, siente el deseo de imitarlo y se disfraza en tres ocasiones de diferentes caballeros para encontrarlo, derrotarlo y devolverlo a su aldea. Y a nosotros, lectores, que enriquecemos la obra con nuestras lecturas, nos asalta el deseo de que no se acabe nunca, de que vuelva a cabalgar de nuevo o que se convierta en pastor; y con ese deseo de seguir leyéndolo, nos unimos al llanto final de Sancho: “No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía” (II, LXXIV). Aunque para colmar nuestro deseo siempre nos queda el placer de releerla.

EL QUIJOTE ES UNA MINA DE SABIDURÍA

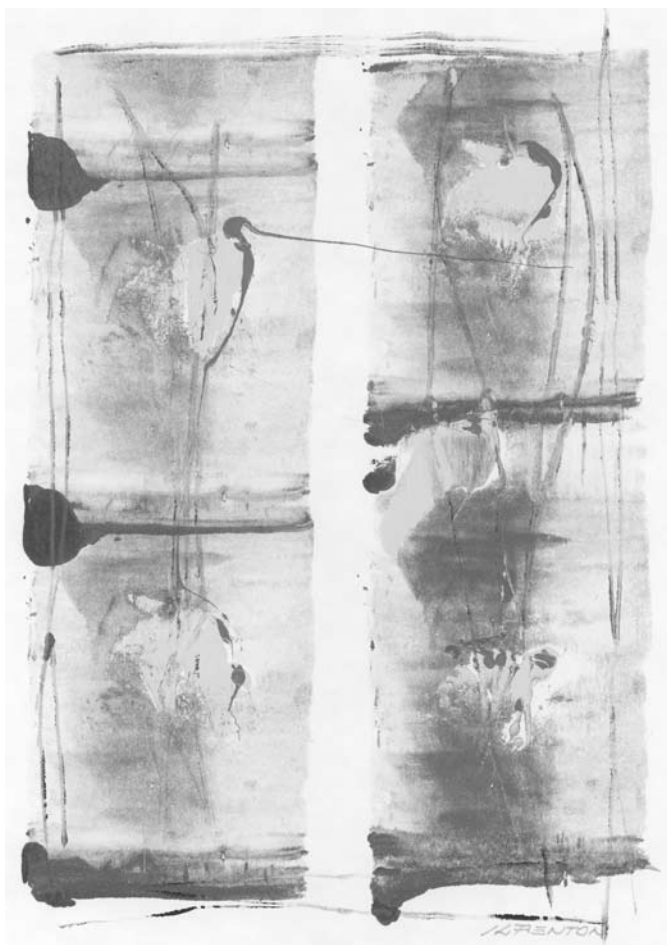
Los libros de caballerías derrochaban a lo largo de sus aventuras grandes dosis de moral, de educación, de comportamiento, de tal manera que llegaban a convertirse en educaciones de príncipes. El *Amadís*, por ejemplo, en Francia, fue considerado un manual de cortesía. Los caballeros se encontraban en lo más tupido del bosque con un ermitaño que se había retirado de la vida o de las caballerías, y le pedían consejo; los ayos de los caballeros, que los educan en las armas y las letras, los viejos asesores de los reyes, todos estos personajes caballerescos se reencarnan en la figura de Don Quijote en su faceta de consejero: es tan prudente y discreto en muchos de sus discursos, que se podría hacer una antología de sabiduría y prudencia. Don Quijote diserta con el mancebito que va a la guerra sobre las armas, los duelos y la locura de matarse unos a otros; a Basilio le aconseja sobre el lazo del matrimonio (II, XIX), sobre la buena mujer (II, XXI); además de tener fama de casamentero, a decir de Sancho, pues las únicas aventuras que le salen bien son las que resuelven los problemas amorosos de los demás (Dorotea y Fernando, Don Clavijo y Antonomasia, el labrador y la hija de doña Rodríguez), pero no las suyas, porque ni siquiera es don Quijote el que puede desencantar a Dulcinea, sino Sancho azotándose.

Todos los consejos de don Quijote se envuelven en brillantes discursos con los que deja a Sancho tan abobado por sus sentencias, que le llevan a opinar que su amo es buen consejero matrimonial y “tólogo”. Y no sólo Don Quijote,

Sancho también nos da a cada rato lecciones de sentido común y, en general, como afirma Harold Bloom en su reciente libro *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*, ambos saben quiénes son al final de la obra, no tanto por sus aventuras sino “por sus magníficas conversaciones, ya sean riñas o intercambios de intuiciones”.⁶ Y aunque en esos diálogos no lleguen a un acuerdo, nos queda el rumor de que cada uno reconoce, se admira y aprende de la voz del otro. ¿Hay lección más maravillosa que ésta para los días que vivimos?

De ideas para la vida práctica está lleno *El Quijote*: una de ellas es que del ocio nace la frivolidad, así si Altisidora se hubiera ocupado honesta y continuamente en sus labores, no lo habría acosado de amores a él, y de esta manera se lo escribe en el romance que le dedica a Altisidora. Otra es que no importa el linaje ni hay más honor que el que proviene de la virtud. Otro de sus consejos es contra la presunción y la arrogancia: “Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala”, dice maese Pedro al trujamán.

Es una novela de las relaciones humanas y sobre la condición humana: se habla en ella de la virtud y el vicio, del pecado y el arrepentimiento, de la generosidad y la compasión, la discreción, la honra, la fortuna, el afecto y la lealtad, la libertad y la justicia, sobre la que versan algunos de los consejos dados a Sancho antes de ser gobernador de la Ínsula



Barataria: “Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico”, “Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre”.

Los malos gobernadores son retratados en esta obra a través de la sátira de Sancho en la Ínsula Barataria. Sancho se siente digno del cargo sólo por ser cristiano viejo. Cervantes se burla en varias ocasiones en su obra de los alcaldes ignorantes que se creen con derecho a gobernar por pertenecer a la casta de los cristianos viejos.

EL QUIJOTE ES EL COMPENDIO DE SU ÉPOCA

Otra lectura nos acerca a la novela como un valioso documento de la época a caballo entre los reinados de Felipe II y Felipe III, cuando “el Imperio español empieza a presentar síntomas de crisis tanto militar como política y económica”.⁷ Un crítico francés, Paul Hazard, dice que pareciera haber un vacío histórico en las aventuras de Don Quijote pues no se presentan las guerras, las ruinas económicas, la crisis demográfica, la mala administración y apenas se mencionan las piraterías en el Mediterráneo. Efectivamente, nos dan más información histórica las novelas picarescas, por ejemplo. En cambio, Pierre Vilar decía que *El Quijote* era una obra de su tiempo y había que leerla en clave histórica, y añadiría que nos proporciona las claves de la vida cotidiana y de la sociedad de la España de entonces, que le sale al encuentro de Don Quijote y Sancho y se topan con cabreros, soldados, estudiantes, clérigos, mercaderes, caballeros, nobles, labradores ricos, barberos, doncellas, cautivos, comediantes y galeotes. Ellos formaban el entramado social, y a toda esta sociedad, Cervantes nos la muestra con su grandeza y su miseria: el problema del honor, el linaje, la limpieza de sangre, las castas, que crean unas divergencias religiosas profundas entre vecinos, se dan cita en la caracterización de un personaje entrañable, muy querido por Cervantes, el morisco Ricote. Recordemos que los reyes católicos decretaron en 1492 la expulsión de los judíos o su conversión forzosa; en 1502, la de los musulmanes y con Felipe III, la de los moriscos. A pesar de las numerosas conversiones, desde principios del siglo xv aparecieron los primeros “estatutos de limpieza de sangre”, debido a que, en ciertas comunidades, se negaban a admitir a los “nuevos cristianos”, además de que la Inquisición los vigilaba, pues seguían haciendo uso de sus prácticas religiosas antiguas. Con el personaje de Ricote comprobamos que Cervantes se manifiesta abiertamente en contra de la expulsión de los moriscos. Ricote entra en España disfrazado de peregrino

para recuperar el tesoro que había dejado escondido en su aldea. En uno de los múltiples caminos de la obra, quiere el destino que se cruce con su vecino Sancho, que acaba de dejar el gobierno de la ínsula, desilusionado, pero contento por recuperar su antigua libertad y por reconocer que cada quien debe hacer el oficio que le corresponde, ahora sabe que no es bueno para gobernar y se ha reconciliado con la vida sencilla dándole un beso a su rucio en la frente. El encuentro de Ricote y Sancho es emotivo, se abrazan, Sancho le explica el dolor del pueblo cuando se tuvo que ir su hija, la Ricota, cómo todos lloraban, incluido él; se sientan a comer y a beber con los peregrinos, Sancho y Ricote, el querido tendero de su aldea, y en su conversación se muestra el dolor humano compartido por haberse perdido mutuamente como amigos y vecinos. Dice Márquez Villanueva que Ricote es un personaje que comprende mucha sustancia histórica: se dan datos sobre la expulsión; en 1609 fueron autorizados a marchar libremente y Ricote ya exploraba desde antes los decretos para estar prevenido. En 1610 fue la expulsión, la familia ya había partido a lugares de turcos, pero preferían regresar a España. Se sabía del retorno de muchos miles. En 1613 se les condena a pena de galeras y éste es el momento que conoce Sancho, porque los desdichados se apegaban a la tierra, pero si volvían eran reos de muerte, y Sancho se muestra preocupado por su vecino y por el riesgo de regresar al pueblo. Con el nombre, Cervantes ha querido rendir un pequeño homenaje a un valle de Murcia, llamado Ricote, del que salieron muchos expulsados en 1613; quiso que su personaje fuera un recuerdo vivo del último decreto y el más triste de aquella expulsión morisca, que fue una razón de Estado.

El capítulo del destierro es un trasplante de las ideas político-religiosas al plano del dolor humano de Ricote y de Sancho, compartido por Cervantes, al escribir con tristeza sobre esta tragedia española, tan actual en nuestra época de políticas migratorias tan estrechas. Una mirada a este capítulo nos enseña que Sancho no quiere ayudar a desenterrar el tesoro porque, como dice, no es nada codicioso, y no debe traicionar a su rey, pero le ofrece su compasión, le promete que no lo delatará, porque es un compañero y vecino solidario que, a pesar de que la religión los separe, los años de vecindad los han hermanado y han aprendido que el pensamiento del otro es igualmente valioso: esa es la verdadera tolerancia y esto es lo que nos enseña este capítulo, que, por encima de la ley, está la misericordia y la fraternidad:

“—Déjame partir de aquí, Ricote amigo.

”—Dios vaya contigo, Sancho hermano”, se despiden ambos.

El final de este episodio nos deja también el amargo sabor de la pérdida de un pasado familiar feliz en el que la familia de Ricote vivía unida y ahora se desconoce su paradero; se palpa el amor al terruño, al país natal, a la patria, pero no como exaltación nacionalista sino como un sentimiento de pertenencia y de nostalgia por lo que se tuvo y se perdió: “Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural” (II, LIV).

El rigor de la ley y la compasión se vuelven a repetir en el capítulo de los galeotes, cuando Sancho le da al alcahuete la caridad de un real de a cuatro, pero, sobre todo, en las galeras, en Barcelona, porque no comprende las torturas a los presos, desgraciadamente, también de moda en nuestra época: “¿Qué han hecho esos desdichados que así los azotan? ¿Y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar a tanta gente” (p. 1068).

EL QUIJOTE ES UNA COSECHA DE ÉXITOS

Hace cuatro siglos, *El Quijote* de 1605 batió todos los records de venta en tres meses. Aparecieron incluso ediciones piratas en Portugal y Valencia que afectaban los intereses de Cervantes y de los editores, por lo que inmediatamente se vieron obligados a sacar una segunda edición. La envidia tampoco se hizo esperar y un tal Alonso Fernández de Avellaneda publicó un *Quijote* apócrifo en 1614 para detractarlo y desprestigiar a sus personajes. Inventó, por ejemplo, que Sancho se escondía las albondiguillas que sobraban en el seno para el día siguiente, pero con la fineza que tiene Cervantes, varias veces defendió el aseo y la pulcritud de Sancho para comer, en la segunda parte, por boca de la duquesa, por la del mismo Sancho y por la de don Quijote.

El objetivo que se proponía en el prólogo de 1605 de que leyendo su historia “el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla” se logró y, efectivamente, pocas obras de la literatura mundial le llegan a tal amplitud de lectores.

En su segunda parte, de 1615, se habla del éxito de la primera y del claro sentido de comunicación que desprendía y que iluminaba a todo tipo de lectores: “es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: ‘Allí va Rocinante’”. Y no sólo el caballo sino Don Quijote y Sancho se volvieron tan familiares que en 1605 ya desfilan en Valladolid

en bailes, mascaradas y cortejos y en Perú, dos años más tarde, se hizo una mascarada en la que aparecían las figuras de Don Quijote y Sancho. La llegada del *Quijote* a la Nueva España fue en manos de Mateo Alemán, quien desembarcó en 1608 en San Juan de Ulúa. *El Quijote* era entonces un libro prohibido, no en España, pero sí para ser importado a Indias, a donde sólo podían llegar libros piadosos y de leyes, pero no de entretenimiento, por disposiciones hechas en 1531 y 1534. La aduana inquisitorial lo decomisó de su equipaje, pero la intervención del fraile dominico, luego arzobispo y virrey de México, fray García Guerra, a quien Alemán había conocido en la travesía, hizo que le devolvieran el libro. A pesar de las prohibiciones, se sabe, según nos cuenta Irving Leonard, que sacaban las impresiones del *Quijote* precipitadamente de las prensas para enviarlas a Sevilla, con el fin de que no perdieran la salida de las flotas anuales.⁸ Respecto al primer *Quijote* que llegó a la Nueva España, esta anécdota de Mateo Alemán de 1608 es lo que se creía más antiguo hasta este nuestro año de festejos en que se encontraron en el Archivo General de la Nación unos documentos rescatados del archivo de la Inquisición en los que se da cuenta de cinco ejemplares que llegaron a bordo de la goleta La Encarnación en septiembre de 1605.⁹

En la segunda parte también se habla de la expansión que tuvo la obra no sólo en las distintas provincias españolas, sino también en el extranjero. Dice el bachiller Sansón Carrasco: “Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca”. Don Quijote también le dice a don Diego Miranda: “Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de mil millares, si el cielo no lo remedia” (II, XVI). Estos testimonios de seres de ficción, que pregonan la fama de la novela desde el corazón mismo de la novela, no son hipérbolos sino pronósticos acertadísimos porque ya desde el primer cuarto del siglo XVII había sido traducida al inglés, al holandés, al francés y al italiano. Con el tiempo, ha sido reconocido como el texto más universal de la literatura española y sus personajes los más queridos de toda la historia mundial. México posee un rico acervo de más de setecientas ediciones y traducciones, que custodia el Museo Franz Mayer y Monterrey posee otro gran tesoro de 275 ediciones del *Quijote* de los siglos XVII y XVIII, en la colección Carlos Prieto de la Biblioteca Cervantina, en el Tecnológico.

También en la dedicatoria de la segunda parte al conde de Lemos se oyen los ecos de su fama cuando Cervantes se

inventa una correspondencia ficticia con el emperador de la China, quien quería abrir un colegio español, con Cervantes de rector, en el que sus súbditos aprendieran la lengua española leyendo *El Quijote*, con lo cual se autopresentaba como famoso hiperbólica e internacionalmente, pero tampoco se equivocaba, porque el Instituto Cervantes sí llegó a China, entre muchos otros países del mundo, y seguro que imparten sus clases de español leyendo *El Quijote*.

En su época se leyó como una sátira literaria, como un libro de burlas, para reír, de tal manera que hay una anécdota famosa “en la que un estudiante estaba en los jardines de palacio riéndose solo y el rey dijo: o está loco o leyendo *El Quijote*”,¹⁰ pero de libro de divertimento pasó a ser una obra de gran alcance filosófico, social y psicológico. En él podemos hallar virtudes y vicios; la bondad, la nobleza del alma, la sabiduría, la caballerosidad; el espíritu de sacrificio de don Quijote y la caridad y lealtad de Sancho se dan la mano con la lascivia, la soberbia, la arrogancia, la ignorancia y la crueldad de otros personajes. Su riqueza, actualidad y vigencia radican en las múltiples lecturas que se pueden hacer: filosóficas, éticas, morales, de su lenguaje, de la sabiduría que se encierra en los refranes de Sancho y en los consejos de don Quijote y porque es una mina de entereza, tolerancia, compasión y justicia, a la que tantos políticos y señores de la guerra podrían asomarse para aprender de sus páginas todo lo que les hace falta. •

Notas

¹Véase “Los inquisidores literarios de Cervantes”, en George Haley, *El Quijote de Cervantes*, Madrid, Taurus, 3ª reimp., 1989, p. 134.

²Alberto Manuel, *Una historia de la lectura*, trad. de José Luis López Muñoz, México, Norma, 1996, p. 21.

³Citado por Javier Aparicio en “El hidalgo que conquistó el mundo”, en *Babelia, El País*, 6 de noviembre de 2004, p. 7.

⁴*Hacia Cervantes*, Madrid, Alianza, 1974, p. 115.

⁵Fernando Savater, “Savater defiende las locuras del caballero andante en su batalla contra la muerte”, en *El País*, 18 de junio de 2004, p. 32.

⁶Harold Bloom, “Miguel de Cervantes”, en *La Jornada*, 15 de mayo de 2005, p. 3.

⁷Miguel Ángel Villena, “Un hidalgo de la España rural”, en *Babelia, El País*, 23 de abril de 2005, p. 4.

⁸*Los libros del conquistador*, México, FCE, 1953, p. 236.

⁹“¿Qué buscaba Cervantes en América Latina?”, en *Reforma*, 14-01-05.

¹⁰Citada por Martín de Riquer en “400 años de una novela moderna”, en *Babelia, El País*, 6 de noviembre de 2004, p. 12.

MARÍA JOSÉ RODILLA es profesora-investigadora en la UAM Iztapalapa; licenciada en filología románica por la Universidad de Extremadura y doctora en letras hispánicas por El Colegio de México. Entre sus publicaciones destacan la edición crítica de *Infortunios de Alonso Ramírez*, de Carlos de Sigüenza y Góngora (2003) y *Escrito en los virreinos* (2004).